

Don Quijote en el Trópico Húmedo

Por Rudolf Hommes

Lamento no estar presente en este acto de lanzamiento del nuevo libro de Rodrigo Botero, una colección de sus artículos recientes y de otros trabajos que ha presentado en distintos foros de este, su país, a donde viene a ver viejos amigos, a hacer nuevos amigos, y a compartir anhelos, frustraciones e inquietudes incubadas en otro ambiente y en otro clima sobre los inmensos obstáculos que tiene que enfrentar Colombia, o construimos los colombianos, **que impiden que seamos capaces de soltar el pasado y nos vuelven renuentes a abrazar el futuro.**

Rodrigo logra hacer una buena metáfora de esta condición de estancamiento con la ayuda de Tarzán, el hombre mono, y su envidiable medio de transporte unipersonal, el bejuco. Infortunadamente, este símil dio lugar al título del libro y no ofrece ninguna pista sobre su contenido, por lo cual se tiene que iniciar su lectura sin contar con alguna motivación distinta a la curiosidad. Pero independientemente de cómo uno se acerque al libro para satisfacerla, va a encontrar estímulos para seguir explorándolo.

Si escoge aleatoriamente un capítulo para iniciar su lectura, puede encontrarse de pronto en la isla de Manhattan en plano siglo XVI y descubrir de donde viene esa rara cualidad de Nueva York que permite que uno se vuelva nativo de allá sin dejar de ser colombiano, ni tener que cambiar de ideología o de religión, o disimular su origen.. la isla heredó ese carácter de su fundadora, la República Holandesa, que para estimular la creación de riqueza y la acumulación de conocimientos escogió el camino de la tolerancia y de la diversidad ideológica y cultural, y acogió a quienes huían de la intolerancia y la inquisición. De ahí surgió el gran vigor comercial de Amsterdam y Nueva York, y su poder magnético para atraer talento y para crear riqueza.

Mientras recorre el austero capítulo sobre las consecuencias sociales de las “Dos Españas”, y medita sobre el estrellón de la cultura tradicional con el modernismo en ese país y en sus antiguas colonias, o concibe como hizo España para liberarse, dejar atrás la represión y salir del atraso, también puede pensar en Machado y en Paco Ibáñez: “Españolito que vienes/al mundo, te guarde Dios,/Una de las dos Españas/ha de helarte el corazón”

En otro capítulo se puede encontrar con el niño que perdió la fe porque, conociendo las cualidades aerodinámicas de las cometas, comprendió que los ángeles no podían volar, a menos que tuvieran cola. Esa reflexión le sirvió a Rodrigo Botero para examinar y enfrentar dogmas de fé con escepticismo y racionalidad, y para entender que a la autoridad no siempre hay que acatarla.

“El / Bejuco de Tarzán” es una cuidadosa reflexión sobre varios de los aspectos que contribuyen al desarrollo y a la modernidad, excepto la política, en el entendido que el primero puede conducir a la segunda. Puede ser un requisito indispensable para alcanzarla, pero no garantiza que la sociedad que se desarrolle sea moderna. Alemania se desarrolló al final del siglo XIX pero solamente después de tres guerras y de haber destrozado a Europa en la última de ellas, pudo construir una sociedad “democrática, próspera, igualitaria, pluralista y laica”, como la de hoy. Botero entiende que para modernizar una sociedad hace falta mucho más que lograr su desarrollo técnico o económico. Analiza varios de los factores que inciden sobre estos dos procesos con un notorio acervo cultural, ingenio y sutileza.

Es un fervoroso defensor de la tecnocracia como elemento gestor de cambio. Toda su vida ha tomado un decidido partido a favor de ella, no solamente en Colombia donde le ofreció refugio en Fedesarrollo a la élite del DNP que había sido ahuyentada del gobierno por la politiquería, se rodeo de recién graduados en el Ministerio de Hacienda, y desde entonces ha

estado descubriendo entre los jóvenes tecnócratas talento nuevo para inscribir en los círculos de élite. En los 60s les brindó a los tecnócratas peruanos rutas de escape para huir de Velasco Alvarado y en los 80s utilizó su destacada posición en la Fundación Ford para que ella y otras organizaciones apoyaran a los futuros tecnócratas que bajo la dirección del actual canciller de Chile se preparaban para el momento cuando su país podría soltar a Pinochet para aferrarse al bejuco que lo ha conducido a la estabilidad democrática, al “milagro chileno” y a sentirse como en Suiza.

No puedo contarles todo el libro, que seguramente les suscitará inquietudes e inspirará variaciones sobre algunos temas, pero si tuviera que escribir de nuevo esta reseña como si fuera una biografía novelada, la comenzaría así: En un lugar de Norte América, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo liberal, seco de carnes y enjuto el rostro, gran caminador y amigo de tertulias, que en los ratos que estaba ocioso se daba a leer libros que lo llevaron a creer en el poder de las ideas y en la posibilidad de que su país emprendiera caminos hacia la modernidad y el desarrollo. Con pluma en ristre y biblioteca al alcance, “desvelábase por entenderlos y desentrañarles el sentido” a estos dos fines hasta ahora inalcanzables.

Con esta pequeña sustracción literaria deseo dar por terminado este comentario, recomendar el libro y reiterar mi aprecio por su autor. (Agradezco a Alejandro Gaviria quien se ofreció a leer esta nota).